



KONVERGENCIAS LITERATURA

ISSN 1669-9092

Año III, Nº 8 Agosto 2008

DEBAJO DE LOS PUENTES

Por Rubenski (México) ¹

Debajo de un puente, un niño inhala su mona y el hedor de las alcantarillas. Hace tiempo vive debajo de los puentes picados por oxido y apolillados. En plena temporada de lluvia ve las ratas corretear entre basura y lodo. No sonrío con facilidad y hace muecas de simio cuando siente que el vómito le marea y le hunde en un desmayo, del cual despierta con salpicones de jugos gástricos, porque en su estómago no hay nada. Le ha importado un comino dejar a su madre y a sus hermanos, se ha decidido por rolarla en aquellos lugares a los que su familia jamás imaginó pudiera estar un niño, y más aún, sobrevivir a la inmundicia y a la soledad. Su padre murió en la cárcel cuando él había nacido. Nunca supo su nombre, nadie lo recordaba, y eso ya carecía de sentido.

De vez en cuando andaba por las calles, sin zapatos, al filo de las banquetas, y los coches zumbaban como enormes insectos a sus costados. Él es todo vértigo con las luces de la ciudad rodando dentro de sus ojos. No le importa comer, no le importa el presente, sólo ir a la trastienda de un local de solventes y recoger las latas medio vacías de PVC. Recoge una cuantas y las lleva debajo del puente. No tiene amigos, y las cucarachas y los gusanos que rondan cerca de él, a veces mueren en un pedazo de algodón que los apachurra, y alguna que otra vez, juega con ellos, quemándolos lentamente con un cerillo.

Un día, debajo del puente, salió el sol entre las rendijas de los tablonés, las nubes crecieron y el cielo brillo en haces de luces que la ciudad hacía muchos días no había gozado. Los autos resplandecían de limpios en las avenidas y los parques públicos estaban repletos de escuincles que felices jugaban y se escondían unos de otros. Los camiones de basura recorrieron las vecindades y también limpiaron toda la inmundicia que había debajo de los puentes.

¹ Rubenski es Rubén Campos Arias, Licenciado en lenguas y literaturas hispánicas UNAM. Profesor de tiempo completo en Colegio Patria S.C.

LA MUERTE DEL MOÑITOS

Rubenski (México)

Tenía lentes enormes y una boca que casi podría decirse habla para adentro, su pelo es blanco en las orillas y su cabeza es tan grande como la de un yucateco; es pequeño, un hombre pequeño vestido de traje y su horroroso moñito colgándole del cuello.

En la clase, todos lo odiamos. Es ideático y tiene la locura razonada más idiota de toda la escuela, podrías creer cuando lo veas que es como un muñeco de plastilina que se derrite bajo el sol. Es un imbécil. Tiene sueños perfectos y cree que puede hacer todo.

Nosotros pensamos que no podemos hacer nada, que estamos trabados, sólo reñimos a la dentadura del sol y abrimos los ojos a la realidad que nosotros creamos, tenemos cigarrillos y noche, niñas durmiendo a nuestro lado, cantando la vieja canción de los días de la buenaventura, soñando bajo la luna el pelaje dorado de las bestias, imaginando en silencio.

Se me ocurrió un día en la noche. Estaba viendo la tele y vi en canal cinco cómo un ninja descabezaba a su enemigo con un sadismo cómico, de serie televisiva, inofensiva y risible. Me reí mucho y le daba sorbos a mi chocolate apuradamente. Pero sentía en mi saliva un odio, un deseo nuevo, algo que no me había ocurrido hasta ahora.

Pensé en matar al profesor. Me lo imaginaba en el patíbulo sangrando, un espectáculo de fuego y música, un sonido penetrante en los oídos y un olor a carne rancia, fétido.

No me creí capaz de hacerlo, pero al final no contuve las ganas y les conté la idea a mis amigos. Todos creyeron que hacer eso era una idiotez, pero, poco a poco, los fui convenciendo de hacer algo que no cualquier día puedes, esto les resultó fabuloso, y se pusieron como locos y empezamos a idear un plan para matarlo.

La verdad es que no pensamos mucho en cómo hacerlo, sólo sentíamos la rabia correr en las encías y actuamos con los instintos. Esta historia me da asco, por eso no me gusta hablar de esto, pero ahora sentí que necesitaba sacar la repugnancia acumulada desde ese día y solté estos párrafos a destajo y sin fijarme en la ortografía esparcí la pluma con la sangre desgastada de la víctima.

Todavía en las noches, ronda en mi cabeza, la imagen de cuando le encajamos el vidrio de una botella rota en el cuello y se desangró chillando como un animal mientras se revolcaba con los ojos asfixiados y con el alma en un circo de obscenidades; luego, cuando

ya no se movía, le corté la cabeza con el vidrio y me le quedé observando largo rato hasta que pude descubrir que el moñitos ya no chingaría a nadie más en la escuela, y esto todos me lo agradecieron.

En los días posteriores la escuela estuvo en paz y no sucedía nada. La clase del imbécil fue sustituida por la de una maestra estupenda que enseñaba, definitivamente, mucho más de lo que el moñitos había podido dar a lo largo de su vida, que si fue productiva, fue sólo por esta historia que lo describe como a un bicho al que uno apachurra. Miras la suela de tu zapato para limpiarlo en el borde de las calles.

Pero luego viene lo obscuro de la historia. Lo negro. La verdad es que entre todos lo destajamos a placer, su carne la dimos a los perros de la esquina. Él desapareció de inmediato y nadie lo volvió a ver: ni su esposa, ni sus hijos, ni nadie, solamente mi mejor amigo conservó dentro de un frasco con formol su corazón que era rojo amoratado, maldecido. En las noches, me contaba, lo veía encenderse dentro del envase y brillaba intenso en la oscuridad, era el lamento apagado del moñitos.

Al final, me molestaba, cuando iba a casa de mi amigo, ver el corazón ahí en la repisa, como si sintiera aún cómo se le desangraba la garganta.

Por eso le dije que se lo diera también a los perros.